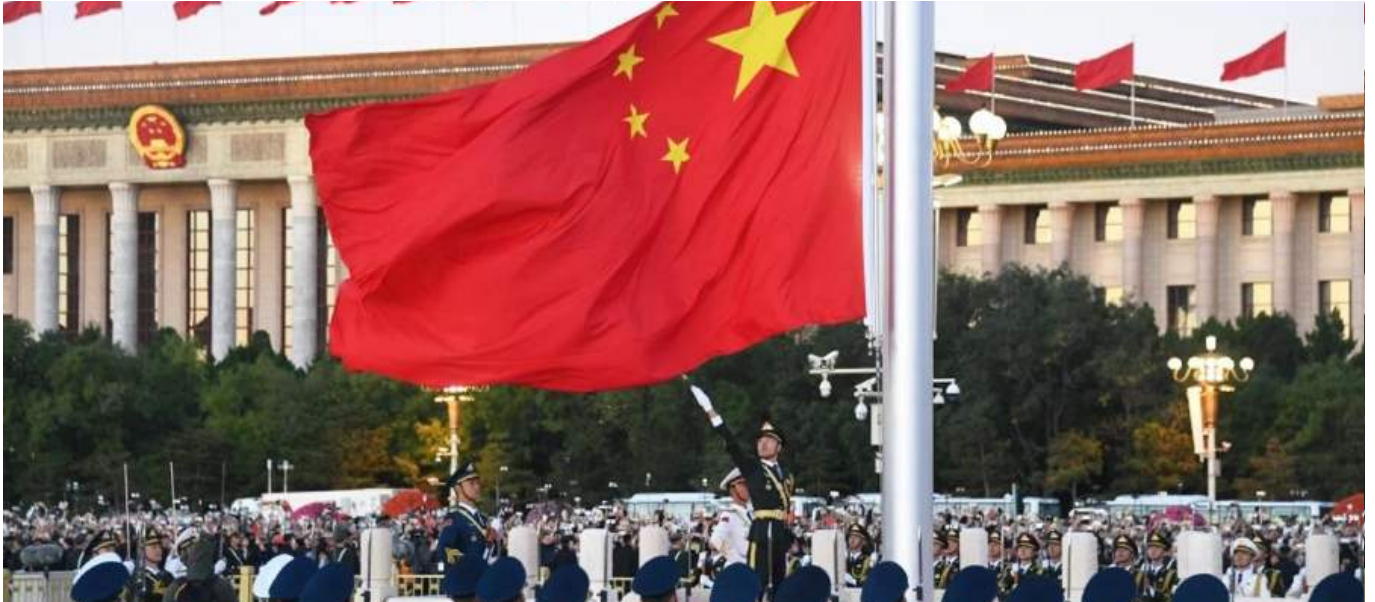




Un agujero negro en la memoria colectiva: China y la Segunda Guerra Mundial, por Biljana Vankovska

Posted on Agosto 29, 2025

Mientras China se prepara para conmemorar el 80 aniversario de la victoria sobre el fascismo el 3 de septiembre de 2025, la atención mundial se centra en el desfile militar de Pekín. Se especula sobre qué líderes mundiales se unirán al presidente Xi Jinping: la presencia de Putin es casi segura, aunque los rumores sobre la asistencia de Trump parecen descabellados. Algunos defensores de la paz argumentan que este momento ofrece a las potencias mundiales la oportunidad de reflexionar sobre los horrores de la Segunda Guerra Mundial, un sentimiento acorde con el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas y urgente en medio de las crecientes tensiones mundiales. Sin embargo, la negativa de los líderes europeos a asistir, alegando la preocupación por ofender a Japón, revela un problema más profundo. La conmemoración de China cierra el ciclo de los aniversarios de la Segunda Guerra Mundial, pero plantea una pregunta fundamental: ¿comprendemos realmente el alcance global de esta guerra o hemos permitido que algunos capítulos vitales caigan en el olvido?

Existe una laguna evidente en su memoria colectiva de la Segunda Guerra Mundial, una guerra que llaman

“mundial”, pero en la que el papel del cuarto vencedor aliado, China, queda sistemáticamente marginado. China entró en el conflicto en 1931, no en 1939, y resistió hasta la rendición de Japón en 1945. Durante 14 años, sufrió aproximadamente 35 millones de bajas y retuvo a un millón de soldados japoneses, lo que permitió a la URSS y a los EE.UU. centrarse en otros frentes. Líderes como Roosevelt, Churchill y Stalin reconocieron el papel fundamental de China en el resultado de la guerra. Entonces, ¿por qué se ignora tan a menudo esta contribución y se entierra bajo capas de narrativas centradas en Occidente?

Para muchos, la tragedia que definió la Segunda Guerra Mundial fue el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, actos horribles que sirvieron como una severa advertencia del poder destructivo de la humanidad, desatado por los Estados Unidos. Estos acontecimientos merecen ser recordados, pero la posterior ocupación estadounidense de Japón y la imposición de una constitución pacifista (también conocida como la Constitución de MacArthur) tuvieron menos que ver con la armonía que con asegurar un punto de apoyo estratégico en el Indo-Pacífico durante la Guerra Fría.

Hoy en día, Japón se arma bajo el paraguas nuclear de los Estados Unidos, aparentemente para contrarrestar la “amenaza” de China. Este giro narrativo es tan conveniente como engañoso. Al igual que Rusia, que preserva ferozmente sus sacrificios de la Segunda Guerra Mundial, China exige ahora el reconocimiento de los suyos. Su resistencia al militarismo japonés sigue siendo una saga en gran parte desconocida.

Una mirada a este “agujero negro” de la memoria colectiva revela atrocidades que desafían la comprensión: la masacre de Nankín de 1937, en la que murieron 300.000 civiles y se cometieron violaciones masivas; los experimentos químicos y biológicos de la Unidad 731 con prisioneros, incluidos niños, tan viles que conmocionaron incluso a los observadores nazis. Los enviados alemanes instaron a Berlín a que frenara a Tokio, mientras que los registros japoneses documentaban meticulosamente su brutal caos. Desde entonces, valientes historiadores japoneses han sacado a la luz estos horrores, pero siguen siendo marginales en el discurso global. ¿Por qué este silencio?

Descubrir la historia de la Segunda Guerra Mundial desde la perspectiva de Asia pone de manifiesto una vergonzosa verdad: las narrativas occidentales, amplificadas por Hollywood y los medios de comunicación, han glorificado selectivamente algunas historias y borrado otras. ¿El resultado? Los perpetradores son rehabilitados y las víctimas convertidas en villanos. Occidente suele aferrarse a una postura sesgada que valora algunas vidas por encima de otras. Las víctimas chinas han recibido un escaso reconocimiento mundial, y su sufrimiento se ha visto eclipsado por la narrativa de la redención de Japón después de la guerra. Esta hipocresía se repite hoy en Gaza, donde la indignación selectiva, las lágrimas por Ucrania, pero el silencio por los 22 meses de sufrimiento de Gaza bajo las políticas de Israel, revelan el mismo doble rasero. Los líderes europeos, moldeados por un legado colonial que enmarcan como una “misión civilizadora”, son cómplices. Mientras tanto, los Estados Unidos alimenta una guerra comercial con China y, como advierten Kaja Kallas y algunos medios de comunicación, se prepara para un conflicto más amplio,

al tiempo que pinta a China como “autoritaria y beligerante”. Esto choca frontalmente con la historia antifascista de China y su compromiso moderno con la paz mundial.

El adagio de que los vencedores escriben la historia se desmorona aquí. A China, clara vencedora, se le negó la plataforma para mostrar su valentía, sus sacrificios y sus contribuciones. Hoy en día, el discurso occidental la tilda injustamente de amenaza. La Segunda Guerra Mundial no comenzó ni terminó en Europa. China, miembro fundador de la ONU y el primero en firmar la Carta de las Naciones Unidas, sigue siendo su más firme defensora. Rechaza la narrativa dominada por los Estados Unidos, elaborada por un recién llegado a la guerra que fue el que menos sufrió, pero que desató la devastación atómica. El legado de China en la Segunda Guerra Mundial alimenta su misión moderna: erradicar la pobreza, ayudar al Sur Global, construir infraestructura global y defender la paz y un futuro compartido para la humanidad.

La conmemoración de Pekín es una audaz refutación al monopolio occidental de la memoria de la Segunda Guerra Mundial. Como afirma acertadamente Warwick Powell: “Durante ocho décadas, Occidente ha reescrito la Segunda Guerra Mundial como una victoria de los Estados Unidos y de Europa, relegando a China a una nota al pie de página. La conmemoración de China este año desafía esa amnesia y reivindica el papel del país como fuerza central en la derrota del fascismo”. Sin embargo, en los turbulentos tiempos actuales, el recuerdo por sí solo no es suficiente. Desde Gaza hasta más allá, la lucha contra la inhumanidad y el fascismo exige que se enfrente a estos puntos ciegos de la historia y a sus ecos modernos.

Biljana Vankovska es profesora de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad Ss. Cyril and Methodius de Skopje, miembro de la Transnational Foundation for Peace and Future Research (TFF) de Lund, Suecia, y la intelectual pública más influyente de Macedonia. Es miembro del colectivo No Cold War.

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de su autor, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.